



D. FRANCISCO DE SALINAS.

Digno de honroso recuerdo es este artista, uno de los hombres mas eminentes de España, que por su genio y su laboriosidad se distinguió en cuantos estudios hizo, pero principalmente en las lenguas latina y griega, en las matemáticas y en la música. Sus adelantos en estos ramos le grangearon el respeto y admiracion de Italia donde residió largo tiempo y de España; y aun hoy sus trabajos continúan apreciándose en aquel país, en tanto que en su patria yacen olvidados y casi ignorados. Nació Salinas en Burgos al començar el siglo XVI, su padre que servia á Carlos V, le dedicó á la música desde los primeros años, á causa del mal estado de la vista, de la que se vió privado completamente á los diez años. Desgracia tan espantosa contribuyó á despertar el genio extraordinario de Salinas, que no encontrando otro alivio á sus sufrimientos que la música y el estudio, fué insensiblemente perfeccionándose hasta que sus obras llegaron á ser tenidas por los inteligentes como superiores al esfuerzo humano. No solo sobresalia en sus conocimientos teóricos sino tambien en los prácticos, tanto que Ambrosio de Morales dice «los efectos producidos por este extraordinario varon en el ánimo de sus oyentes, ya cantando, ya tocando, no se pueden describir en palabras. Baste decir que yo despues de haberle oido no encuentro ya exageracion alguna en las maravillas atribuidas por Pithágoras y por S. Agustín á la música.»

Mejor que nuestras palabras serán para dar una

idea de Salinas, los siguientes trozos del prólogo de una obra grande de música que se publicó en Salamanca en 1577, escrita en un latin puro y elegante, y cuya esmerada traduccion tomamos de un trabajo análogo al nuestro. Héla aqui.

«Desde la niñez me he dedicado á la música durante todo el curso de mi vida. Pues habiendo mamado la ceguera con la leche inficionada del ama que me crió, y no quedando á mis padres la menor esperanza de que recuperase la vista á pesar de todos los medios aplicados al efecto, ningun arte les pareció mas honroso ni mas útil para dedicarme á él que este en el que se puede muy bien progresar por medio del oido, que es otro gran ministro del alma racional. Y no solo empleé todo mi tiempo en el estudio del canto, sino mas aun en el de pulsar el órgano, en lo cual no me toca á mí decir hasta que punto llegué á progresar. Solo me atreveré á afirmar que el que quiera entender la doctrina de Aristógenes, de Ptolomeo, de Boecio y de otros músicos célebres, ha de ejercitarse mucho y por largo tiempo en esta parte de la música: puesto que todos estos escribieron sobre la parte principal de la música, que suele llamarse armónica, y sobre lo relativo á la composicion de la armonía instrumental. De lo cual podrá juzgar mucho mas fácil y perfectamente el que se halle ya familiarizado con los instrumentos que solemos emplear. Y porque no parezca que esquivo dar alguna noticia de mis demas estudios diré: que siendo aun

tuido vino á mi país una joven nacida de familia honesta, que poseía la lengua latina y que deseaba sobremanera aprender el arte de pulsar el órgano con objeto de consagrarse al claustro. Vivía en nuestra misma casa, y así fué que aprendí la música conmigo al paso que yo aprendí con ella la gramática, que de otro modo acaso nunca hubiera aprendido. Porque ó nunca se le hubiese ocurrido á mi padre, ó el vulgo de los prácticos le habría persuadido que las letras perjudican á la música. Aumentándose mi deseo de aprender con este ensayo de estudio, persuadí á mis padres que me enviasen á Salamanca, donde me dediqué algunos años á la lengua griega y á los estudios de las artes y de la filosofía. Pero obligado á salir de allí por la escasez de medios de mi familia, acudí á la curia régia, y acogido benigneamente por el Sr. Arzobispo de Santiago, D. Pedro Sarmiento, el cual fué poco después recibido en el número de los Cardenales, pasé á Roma en su compañía, mas con la mira de aprender que con la de enriquecerme. Empezando allí á tratar con los de erudición, que siempre han abundado en Roma, advertí con vergueña que ignoraba el arte mismo que profesaba, y que no podía dar razón de lo que practicaba. Por último comprendí lo muy cierto que es en música, no menos que en arquitectura, aquello de Vitruvio, á saber: que los que sin instrucción se han dedicado exclusivamente á la ejecución mecánica, no han logrado dar autoridad á sus obras; los que, por el contrario, se han dedicado únicamente al raciocinio y á las letras han seguido la sombra en vez de seguir el objeto. Pero los que aprendieron uno y otro, adornados con todas las artes consiguieron mas pronto y con autoridad lo que se habían propuesto. Por lo cual sabiendo yo ya por Aristóteles que las relaciones de los números eran las causas primordiales de las consonancias y de los intervalos armónicos, y no hallando todas las consonancias ó intervalos menores constituidos conforme á sus verdaderas relaciones, me empecé en investigar la verdad al juicio del sentido y de la razón.

«Para lo cual me ayudaron sobremanera, á mas de Boecio, que todos los músicos citan continuamente, ciertos manuscritos griegos antiguos, todavía no traducidos al latín, de los que allí encontré muchos, pero con particularidad de Claudio Ptolomeo, al que no sé si la astronomía deba mas que la música: tres libros de preceptos armónicos pertenecientes á la Biblioteca vaticana y los comentarios de Porfirio sobre ellos, riquísimos en erudición digna del estudio de los antiguos, que me proporcionó el cardenal Carpenze; dos libros de Aristóteles sobre los elementos armónicos; otros dos de Nicomaco, á quien siguió Boecio; uno de Barheoltes de Aristides y otros tres de Briennio, que el cardenal Buralés se había hecho copiar en la biblioteca de San Marcos de Venecia. Mas instruido con lo que dijeron de bueno estos autores y mas cauto con lo que dijeron de malo, pude llegar al exacto conocimiento de esta ciencia, empleando en este estudio y exámen mas de veinte y tres años. Aflijido al fin por varias calamidades, y principalmente por la muerte de los dos cardenales y del virrey de Nápoles (que por cierto me amaron mas que me enriquecieron), y de mis tres hermanos perdidos en la guerra, el mayor coronel, el segundo abanderado en el mismo cuerpo, que murió en el sitio de Metz, y el tercero, que enviado por el duque de Alba á conducir un soldado, murió en el camino, contento con lo poco que basta para vivir pobremente, determiné volver á España. Pensaba pasar el resto de mis dias entre mis cuatro paredes y haciendo una vida tranquila en mi pobreza honrosa, cantar tan solo para mí y para las musas:

Nam nec divitibus contingunt gaudia solis.

Nec vixit male, qui natus moriensque sepellit.

Pero lo tenía dispuesto de otro modo Dios nuestro Señor, que me sacó de Italia después de vivir en ella unos veinte años, no enteramente desconocido, me trajo á España, y habiendo aquí varias ciudades en las que hubiera podido profesar el arte de la música con mucha utilidad, me concedió volver á la universidad de Salamanca después de casi treinta años

que habia salido de ella. Esta universidad ofrecía ventajas de consideracion al que sobresaliese en el conocimiento teórico y práctico de la música. Pues Alfonso rey de Castilla, el cinco de este nombre, por autonomía llamado el sábio, que ó la fundó ó la reformó, entendió que el estudio de la música no era de menos interés que el de las matemáticas en quanto sobresalía, y que no solamente la práctica sino tambien la teoría era necesaria al que hubiese de ser juzgado con razon digno del nombre de músico. Por cuya razon estableció la cátedra de música entre las principales y mas antiguas, la cual como caudiese á la sazón de Doctor que la desempeñara y se buscase persona que pudiese llenar este cargo dignamente enseñando la teoría y la práctica de la música, fui á Salamanca, con el objeto de oír á los peritos en este estudio hacer sus oposiciones: donde comencé yo alguna muestra de mis conocimientos en música, fui tenido por apto para desempeñar este cargo y conseguí la dicha cátedra con sueldo casi doble y aprobacion de S. M. el rey. He dicho de mí esto, acaso mas de lo necesario, solo porque no parezca que conseguí un honor tan grande destituido completamente de todo mérito»...

Salinas alcanzó la amistad de Pablo IV, del duque de Alba y de otros personajes de la corte de Roma excitando la admiracion de todos los hombres eminentes de su época y mereciendo honores, distinciones y elogios de los escritores contemporáneos, tanto españoles como extranjeros. Falleció en 1577.

#### UNA ROMERÍA EN LAS MONTAÑAS DE SANTANDER.

Las fiestas populares son en todas partes las ocasiones mas oportunas para estudiar las costumbres de cada país, en ellas encuentra el observador reunidos los diversos tipos que caracterizan aquel, puede juzgar de las diversiones é instintos del respectivo territorio y apreciar con exactitud el grado de civilizacion y de cultura del pueblo en que se encuentra; tiene en fin, agrupados y reunidos á su vista todos los materiales necesarios para la pintura de sus habitantes. Nuestro SEMANARIO ha dedicado con frecuencia sus columnas á la descripción de los usos y trajes provinciales de la nación, y no es este el menor de los muchos servicios que en su dilatada séria ha prestado, pues antes de que nuestra publicacion tomara á su cargo tratar los rasgos característicos de los moradores de la Península, poco ó nada se habia escrito acerca de las costumbres, tan variadas como interesantes, de las diversas provincias de España. Quedan aun algunos vacios que llenar; hasta que consigamos reunir una completa y exacta descripción de los usos que constituyen las inmensas diferencias y curiosas contraposiciones que ofrecen las costumbres de los habitantes de todos los ángulos de nuestra patria. Esto lo hará el tiempo.

Hoy vamos á bosquejar el animadísimo y pintoresco cuadro que ofrece una romería de aldea en la provincia de Santander; no nos fijaremos en ninguna porque todas presentan la misma fisonomía, fuera de los paradores de localidad. Una feria, ó el Santo patrono de un pueblecillo, son pretextos suficientes para la celebracion de una de esas infinitas fiestas que tienen lugar en la montaña, especialmente durante el verano, y cuya descripción vamos á ensayar.

La destemplada y aguda voz de los dos esquilones que á guisa de campanas tiene la torre del lugar, suenan sin cesar desde muy temprano anunciando la solemnidad del día, todos los chicos se disputan la ocasion de hacer que ni por un minuto dejen de estar en movimiento, con grave perjuicio de los tímpanos delicados. Entre tanto van acudiendo los convidados por los vecinos. Los habitantes de los pueblos inmediatos con ropa dominguera, los curas invitados por el Párroco para asistir á la funcion religiosa; comienzan en cada casa los preparativos para la comida, mueren víctimas de la conmemoracion del santo patrono los pollos y otros animalejos que disfruta-

lan de tranquila y dulce libertad, despiden las chimeneas espesas bocanadas de humo que se elevan en espiral envolviendo al pueblo en una nube azulada é indicando que aquel día abandonan las mugeres las labores del campo á que ordinariamente se dedican, para pensar tan solo en aderezar las viandas con que deben obsequiar á los convidados.

Llega la hora de la misa solemne, aumenta si es posible el sonido penetrante de las lenguas de metal de los esquilones, han desaparecido las telarañas de la iglesia que se halla colgada caprichosamente, la virgen luce los mejores vestidos arreglados por alguna doncella que toma á su cargo esta desesperada ocupacion, y los anillos y cadenas de la sobrina del

cura. Llénase la iglesia de hoto en hoto y celébrase una interminable funcion, en que acompañan á las destempladas y eterogéneas voces de los sacerdotes, un coro ruidoso y chillon compuesto de los niños de la escuela dirigidos por el maestro, el murmullo del rezo de las viejas, los suspiros de las mozas y los requiebros de los jóvenes. El cura mira atrás ó dirige algunas palabras á los alborotadores para que haya mas orden, el alcalde se impacienta, el párroco tartamudea, los devotos se escandalizan y el mayordomo agita el incensario. Dejaremos pasar las horas que dura la misa y el sermón que pronuncia algún esclaustrado, si es que el pueblo ha querido añadir este requisito á la funcion del día, para colocarnos á



la puerta del templo cuando empieza este á brotar prietas oleadas de chiquillos que se abalanzan á la torre á cuidar de que anden á vuelo las campanas, ó corren por las callejas dando destemplados gritos de alegría, de mugeres que se apresuran á hacer los últimos preparativos para la comida, de hombres que se rennen en el juego de bolos para echar algun partido en tanto que finalizan aquellos preparativos y de viejas que dan vuelta en torno de la iglesia rezando el rosario.

El reloj del párroco apunta las doce, concédese á las esquilas la tregua necesaria para que se distinga del repiqueteo boeinglero é incesante, el toque de medio día; acuden todos á su domicilio, pléblause las casas, llénanse las mesas, faltan sillas, sobran convidados, colócanse como pueden y comienza el servicio de los manjares que termina ordinariamente con enormes fuentes de arroz con leche.

Los hombres maduros se retiran á dormir la siesta, las mozas á componerse para ir al baile, y los mozos á ver llegar á las gentes de los pueblos inmediatos. Ya se distingue á alguna distancia el propietario acomodado, vestido de negro, con su chaqueta nueva, ó con la levita verde botella que compró en las ropicias de la calle de Toledo, cuando el año de veinte hizo un viaje á Madrid; lleva remangadas las bocanangas y las campanas del pantalón, grandes sellos de un peso enorme cuelgan del reloj, que á un polizonte asustadizo se le autojaría según el tamaño una granada de mano oculta en el bolsillo; un sombrero de ancha ala y enorme copa de campana, vara y media elevada sobre el nivel de la cabeza oculta á du-

ras penas su peluca, y una tienda de campaña, en fin, de algodón color de guinda, plegada á modo de paraguas, ocupa su sobaco izquierdo; este mueble es la señal mas evidente de que el individuo se presenta en traje de ceremonia, pues solo en ocasiones tales como la de que nos ocupamos, alguna solemnidad de familia, el desempeño de las funciones de alcalde, ó la asistencia á el juzgado con motivo de algun litigio, sale aquel aparato de la bolsa que le protege de las injurias del tiempo (1) y garantiza su trasmision á los hijos y nietos del actual propietario, que lo heredó de su abuelo, quien le compró en Valladolid en un momento de despilfarro y prodigalidad hija de la alegría que le cansó la conclusion favorable de un pleito pendiente en aquella Chancillería, hacia diez años, acerca de la propiedad de un peral que nunca habia dado fruto.

Trás este personaje acuden numerosas comparsas de aldeanas y aldeanos, ataviados con sus mejores trajes, cuya descripción haremos mas adelante, señeritos de aldea, mayorazgos, estudiantes, unos á pie otros á caballo, estos trayendo del brazo una cadena de muchachas de todas lallas y edades con las cuales los unen vinculos de parentesco, aquellos conduciendo á ancas de su caballo tal cual élíca que anhela hacer su presentacion en público para ver si pes-

(1) No es solamente en la provincia de Santander donde existe esta costumbre chocante, en las Vascongadas sucede lo mismo, excepto los días en que el sol fuerte ó la lluvia pueden perjudicar al paraguas, pues entonces se dejan en casa aunque enjau un tabardillo ó se pangen como uná sapa.

ca a algun prójimo bonachon. Aquí se acerca con tardo paso y escoltada por un espolista una señora encaramada en un rocinante que está en la agonía y sepultada en un enorme sillón lleno de tachuelas doradas, allá camina una carreta de basyes convertida en coche del país, por la sencilla colocacion de una colcha de llamativos colorines que haga las veces de toldo y de un colchon que neutralize en cuanto sea posible los bruscos encuentros de aquel toscó vehiculo con los baches y pedruscos que son de ése en todas las carreteras de España, á pesar del celo de la dirección del ramo, de los ingenieros, inspectores, celadores, camineros y demas individuos que se zampau con gran provecho para sus estómagos, el producto de los portazgos y algo más.

Las tres de la tarde es la hora en que dá principio la romería, propiamente tal. Un vasto prado cobijado por añosos árboles, ó una esplanada tapizada de verde que interrumpe al rápido declive de alguna montaña, y se halla sombreada de copudos castaños, son los parages destinados á contener la concurrencia, que poco á poco vá llegando atraída por el sonido de las pauderetas y el eco de los cántares. Con anticipacion suele bailarse plantada en aquel punto una zifisima mayá ó cucañá, coronada de flores y de ondulantes cintas, que proporciona diversion y sendas costaladas á los chicos que quieren escalarla. Las aldeanas visten lucidas sayas de estameña ó de vayerita amarilla, encarnada ó verde, no muy largas, justillos de terciopelo, de pana, ó de lana, que dejan lucir el pintorreteado pañuelo que llevan puesto interiormente, las gruesas vueltas de cuentas de coral que adornan su cuello y la blanca manga de la camisa que se prolonga hasta ajustarse en la muñeca como la de los hombres. Otro pañuelo, ingeniosa pero poco graciosamente colocado en la cabeza, permite que cueigue por detrás el pelo dividido en dos trenzas sujetas á su conclusion por dos relumbranas cintas. De algunos años á esta parte este traje, antes general en el país, ha sufrido considerables alteraciones y mas aun el de los hombres, que si gastan todavia por lo comun calzon ajustado, botín y chaqueta de paño pardo, chaleco de terciopelo labrado ó de pana con botones de filigrana, camisa de historlada pechera ajustada con dos monedas de plata de á dos reales convertidas en botones gemelos y puntiaguda montera de paño negro y forma cónica, rellena de tres libras de levadura que la tengan constantemente derecha, guarnecida de alas de terciopelo y adornada con gruesas borlas de seda; no dejan tambien de sustituir al calzon corto, el pantalón, ó la chaqueta larga que llega hasta la cadera y que acostumbran llevar colgada sobre el hombro, otra cortita y airosa lamada de las que los *faroleros* (4) han traído al país, y á la montera de cucurucho el sombrero calañés, la cachucha ó el hongo.

Aumenta la concurrencia de aldeanos, organízase el baile, invitase á dos mozas de buenos pulmones á que formen la orquesta, pónense en sus manos dos panderos de enormes dimensiones, á cuyo compás entonan á intervalos con estentórea y no mal concertada voz, canciones compuestas de dos solos compases, los mozos se colocan frente á sus parejas en actitud coreográfica, formando cada sexo una fila y comienza el baile, dando algunos pasos hácia adelante y el mismo número hácia atrás y volviendo á repetir sucesivamente por largo tiempo esta manobra, con la única variedad de dar algunos bríncos al cambiar de costado y girar en torno de la pareja dándole siempre el frente, moviendo los brazos, caídos unas veces con desden, estendidos otras hácia adelante en ademán de abrazar ó agitando á un lado y otro con inquietud.

Mientras tanto los vendedores de rosquillas, nueces, avellanas, fruta, dulces y refrescos rodean la multitud, los jugadores de bolas forman partidos en que se atraviesan gran número de arrobas de vino,

limonada ó sangría con su correspondiente merienda. Los mancebos y las señoritas de las aldeas se colocan próximos al baile de los aldeanos; algun ciego aparece por allí rascando horrorosamente un violín; los jóvenes se remen y ajustan al músico, que arrimado á un corpulento nogal hace resonar en su instrumento algunas notas parecidas á ciertos aires de óperas antiguas, que pretenden servir de rigolones y vales, pero que lejos de formar armonía, no son mas que dolorosos quejidos que lanzau al verso convertidas inhumanamente, en victimas lastimosas de las torpes manos de aquel antropófago filarmónico.

Constituida la orquesta, los jóvenes se lanzan á invitar á las señoritas y no tardan en formarse numerosas parejas que ofrecen mas de un motivo de diversion al curioso observador. Allí es el ver al caballerete que la echa de calavera agolando los escasísimos recursos de su embotado caudamen, para fimitar las maneras y las acciones del papel que quiere en vano representar, (este individuo pertenece indudablemente á la especie que Larec calificó de calavera mosca) á la señorita de aldea que confundiendo el aire natural y desembarazado de la buena sociedad con los gestos afectados, anda como por resorte y se mueve de una manera ridícula, al mayorazgo que se encuentra atado y quisiera no tener brazos para no cansarse en discurrir qué hacer de ellos; cruzanse las parejas, pasan y repasan, estrechase el corro de los mirones, apiñanse los bajillones, péganse encuentros de muerte, pero no lo advierten, tal es el entusiasmo de que están poseidos. Los aldeanos entre tanto han llegado ya á la segunda y última parte de su danza que se distingue de la primera en las perfusiones mas frecuentes de los panderos, en el aire mas animado de la canción y en el movimiento de las parejas, que apenas fijan los pies en el suelo, y que ponen en juego toda su fuerza muscular para que al locar en él como punto de apoyo voten hácia arriba como impulsados por una fuerza elástica. Es ciertamente curioso ver gran número de personas moviéndose del mismo modo que esos muñecos que tienen al pié una espiral de alambre que los hace crecer ó menguar á voluntad del chiquillo que los oprime con su dedo, ¿mas á qué perder tiempo hablando de un baile que todos pueden observar los días de fiesta en la *Virgen del Puerto*, salon que cobija á los danzantes de todas las provincias que quieren recordar los bailes de su país? ¿Dónde es donde no hay montañeses? habiéndolos ¿en qué punto no se reúnen y hermanan? Y ¿estando unidos cómo podrían resistir á la tentacion de bailar?

La romería se halla en toda su brillantez, en todo su esplendor. Nada falta ya al cuadro para su complemento y animacion. En una eminencia se distinguen al párroco y curas de los pueblos inmediatos que han asijido á la funcion, sumidos en enormísimos levitones negros, que no dejan analizar al observador las demas partes de su traje, sino es el alzacuello que pugna por asomar la cabeza por la parte superior de aquel saco. Así como se nota perfecta uniformidad en esta prenda constitutiva y principalísima del traje, reina la mayor anarquía en cuanto á sombreros, pues unos son de tejá, otros redondos y no falta quien le lleve apuntado. Mas abajo se distingue el pintoresco grupo de aldeanos, sentadas en anfiteatro, que con los vistosos colorines de sus trajes, dan al cuadro cierta tinta de alegría y de fiesta. En otro lado, tambien en grupos, se hallan colocadas las mamás que llevan á sus hijas á aquella exposición pública, con el objeto de darlas pronta salida, rematándolas en el mejor postor. Entre este grupo hay sin embargo una línea divisoria bastante marcada, que á fuer de narradores verídicos no podemos dejar de indicar. Consiste en la que separa á las familias bien acomodadas de las aldeas de las familias de la ciudad que casualmente se encuentran allí, bien por ballarse de verano en alguna quinta inmediata, bien por estar tomando baños en alguno de los distintos establecimientos de aguas minerales que hay en la provincia. Existe entre estas dos clases un rencor insfinitivo é inveterado, efecto natural de las debilidades

(4) Llamán así á los hijos del país que vuelven á él á hacer ostentacion de la fortuna que se han formado, desechando casaca de manzanilla en los ventorrillos de Andalucía.

mandanas, que es la sal y pimienta de estas reuniones. El orgullo y el amor propio son de las flaquezas más culminantes en el hombre, como dijo no sé quien en no sé que parte. Tal vez no lo haya dicho nadie, no por eso dejará de ser una verdad como un templo, de aquí nuestra propensión á exajerar las cualidades buenas que tenemos, nuestra posición, nuestra fortuna, cuanto nos pertenece; de aquí por lo mismo nuestra envidia, nuestra ofensa cuando conocemos tales exageraciones, nuestro despecho cuando no podemos ponerlos en parangon con otros que nos miran con desden. Estas cualidades inherentes á nuestra mezquina constitucion, se presentan en relieve á los ojos del observador, lo mismo en los dorados salones de los palacios que en las miserables casas de las aldeas. Pero volvamos al baile que se halla sostenido solo por los que le plantearon, pues las personas que por vivir en ciudades se consideran colocadas en otra esfera, tienen á menos mezclarse en tales diversiones y prefieren renunciar para criticar cuanto ven y oyen, primero los trajes, luego la descompostura de los que valsean ó polkan, despues, en fin, las palabras que cojen al vuelo. El bando contrario por su parte procura sostener con dignidad y aplomo el menudo fuego de pillas y chanzonetas que le dirigen y el exámen que está sufriendo; esfuerzase en componerse, duplicanse los estirones, aumentan los gestos y las maneras afectadas y crece á proporcion la ridiculidad, con gran placer de los espectadores que hacen como que contienen las carcajadas, á las cuales solo pueden oponer los contrarios algunos axiomas que no tienen ni aun el mérito de la novedad, y que se hallan reducidos á calificar de fátaos, orgullosos, intratables etc. etc. á los que de ellos se burlan, es decir á los que acostumbran á llamar *ciudadanos*. En tanto siguen los galanteos y las intrigas amorosas, el Dios ciego tiene mucho que hacer, con disparar saetas acá y allá lo mismo en el baile aristocrático que en el popular, y á veces con tan buena puntería que hiere más de un corazón.

El sol cansado de alumbrar la reunion, abandona aquellos parajes, lo cual juntamente con las nieblas que descenden de las montañas, vá privando á la concurrencia de la necesaria claridad. Las gentes se retiran, unas á sus pueblos, serpenteando por entre los grupos, los caballos, los carros y los borrachos que llenan los caminos, otros á alguna casa (que nunca suele faltar) donde sigue hasta ahora muy avanzada de la noche, el turno sucesivo de rigodones y valsas.

La posición de las personas no hace mas que variar de nombre y de escala los vicios y las debilidades, pero la escuela es siempre igual. No es pues extraño que las mismas diferencias que hemos hecho notar en el baile aristocrático, se adviertan tambien en el de aldeanos. La labradora rica que lleva un traje esmerado, la ex-ama de cria que se planta los vestidos relumbrones con que acompañaba en Madrid á su señora oyando iban á paseo en carretela, la hermana del indiano, que recibe periódicamente letras de la Habana que se convierten en dinero, con el cual puede echarse á cuestras los mejores pañuelos que venden las pasiegas, las telas más pintas para vestidos, los pendientes más grandes que se presentan en los mercados de Reinosá ó Torrelavega, no puede ni debe ser confundida con la hija de una numerosa familia, pobre de recursos, por más ventajas que ella tenga sobre la otra en punto á su físico, ni con la modesta recién casada cuya saya sea de cotton. Si la educación, los hábitos y las costumbres son iguales, el vestido no lo es. ¡Y es tanto lo que hace variar el vestido!

Esó sucede con efecto, las preferidas son siempre las que segun esta regla deben serlo, y los mozos se disputan el honor de bailar con ellas, para lo cual segun las reglas de aquella danza no tienen sino colocarse delante del que está bailando, que es preciso cada su pareja aunque sea contra su voluntad. No obstante estos cambios suelen producir mas de una disputa, en la cual acostumbran á tomar parte los demás bailarines; un suceso de esta clase ó el más

ligero pretexto que den para merecer castigo los mozos que no son del pueblo, sirve de señal para que el baile acabe con una lluvia de palos en batalla campal, que la noche encubre prudentemente con su manto.

Esta es muchas veces la conclusion de las romerías, pero sus consecuencias son vastísimas. Un charron que cae sobre la ex-ama de cria concluya con su vestido y la de nuestra lo efímero y pasajero de las vanidades de este mundo, una docena de palos recuerdan al dia siguiente á alguna muger que la anterior hubo romería y que su marido pasó la noche en la taberna, una etiqueta insignificante corta las antiguas relaciones que mediaban entre una familia de aldea y otra de la ciudad, el semblante pálido y ojeroso de mas de una muchacha manifiesta que ha pasado la noche á la ventana oyendo los bulliciosos cantares que antonan los mozos, los cuales reunidos en cuadrilla recorren las calles hasta que los primeros rayos de la aurora vienen á interrumpir las canciones y los coloquios que median de la calle á las ventanas, y mas de una boda, en fin, consecuencia de aquella fiesta popular, confirma cada vez mas á las mozas en el convencimiento íntimo que tienen de la utilidad de las romerías.



### AL PRIMER TAPON ZURRAPAS.

Empeñado mi amigo D. Lesmes en que sea su cronista: ni yo me querello de que no me dé soldada: me dispensa su afecto sexagenario, posee una esposa linda como unas flores, y nunca viene mejor aquello de adorar el santo por la peana; mas es el caso que raya su manía en el estremo de pararse en niñerías y de revestir sus asuntos domésticos de importancia que alañe á todos sus compatriotas, cual si se tratara de unos protocolos del diplomático de Austria ó de una enciclica del sumo pontífice. Hace lo menor: ni mes que se ha constituido en sombra mía, y jura no darme sosiego, mientras no vea la luz pública el suceso que resulta de los primeros puntos de su carrera. He agotado toda clase de recursos para no doblarme á sus pretensiones; pero ha llegado á amenazarme con no abrirme las puertas de su casa si dentro de breve plazo no vé en letras de molde el mencionado suceso, con lo cual se ejercio en su sentir un acto eminente de filantropía, y por último, hemos

convenido en que yo satisficiera su gusto á trueque de que no permitiera describir su persona y hacer un breve resumen de su historia por via de prólogo.

Es el tal D. Lesmes natural de Lebrija, donde ha vivido muchos años proporcionándole trato decoroso lo que le rēdituan cuatro terrones y algun cortijo de su pertenencia. Desde su juventud se mostró inclinado á la vid sedentaria, y así es que ya habia heredado su rostro con sendas arrugas la mano del tiempo, cuando se determinó, despues de grandes preparativos, á trasladarse á Sevilla para asistir á la procesion del santo entierro. Apegado en demasia á los antiguos usos, se jacta de haber sido el postrero que se cortó en su pueblo la coleta: tambien anduvo rebacio en despojarse del calzon corto: con las trabillas es probable que jamás se avenga. Toda la clase de sus estudios y de su ciencia consiste en creer á puño cerrado que el rey es imagen de Dios en la tierra. A resultas de esplanar semejante doctrina en calles y plazas, comenzó á sufrir persecuciones de lomo y lomo, es decir, de esas que se anuncian á garrotazos: aunque bastante devoto, no lo es mi amigo de san Benito de Palermo; circunstancia que le obligó á abandonar los patrios lares, donde no se hallaba ya oñy á su gusto desde que resonaron en sus oídos por segunda vez almiraces, esquilas y coheteras, balagandole con desacorde serenata. D. Lesmes se encuentra casado en terceras nupcias. Seis años ha vivido en Ubeda, y no sé si se ha andado por sus cerros, porque no tengo noticia de que le haya sucedido allí cosa notable. Tres meses hace que le tenemos en la corte, y si no doy á mis lectores las señas de la casa en que vive, es por no poner á mi D. Lesmes en berlina tan descubierta.

Como le acompañaron en el viaje su linda consorte y tres vástagos, uno del primero y dos del segundo matrimonio, hubo de pensar desde luego en poner casa, y á fé que ha sacado de mi amistad mediano escote, embargándose de continuo para recorrer prōderias y almonedas y adquirir los precisos muebles. Trajo tambien á su servicio una moza andaluza, mas como no la probasen los vientos de las vecinas sierras, tuvo que volverse á mas andar á su país melancólica, hipocōndrica y con ataques nerviosos; medida reprobada, segun barruñtos por el agnador que surtia la casa con el refrigerante liquido de la Cibēles, y que echaba allá sus cuentas con respecto al porvenir de la doncella lebrijana, no desperdiciando ocasion de ponderarla, como no habia en toda la redondez del globo pueblo mas saludable que Monforte de Lemus. Aquí entramos de hoz y de coz en la singular aventura de D. Lesmes.

Una criada que yo le proporcioné en sábado la envié á misa el primer domingo de año, y aun no ha vuelto. Con tan infausto motivo se encajonó en el bionbo de un escribiente memorialista, y la conversacion que allí tuvo lugar segun los apuntes de Don Lesmes, es la que sigue al pie de la letra.

—Vengo á ver si me proporciona V. una criada.

—La serviré á V. á medida de su deseo, no la guarra V. joven.

—Diré á V., yo si la quisiera, pero mi cara mitad opina de distinto modo. (El memoridista fijó sus ojos en la calva y en las tabacosas narices de Don Lesmes.)

—La que yo le propongo á V. frisa ya en medio siglo.

—¿Quién pudiera decir otro tanto! ¡Hace tiempo que yo lo rebasé! ¿Y entiendo bien el manejo de una casa?

—De eso no hay que hablar, la ha tenido propia y aunque mandaba criados, suya era la direccion: es viuda de un cesante, y esto basta para explicarle á V. por qué trámites ha venido á menos.

—Es fiel?

—Bien puede V. confiarle oro molido, tres años ha sido aya de los hijos de un comerciante, en cuya casa entraba y salia á espaldas el dinero, y Dios ha querido librócala de malas tentaciones; como ella dice podrán mirarla á la cara pero no á las manos.

—¿Y á cuantas estancias de aspo?

—Con decirle á V. que es valenciana, todo lo demás sobra.

—¿Y que tal guisa?

—Fue cocinera de un canōnigo, y eso cuando una canongia no era inoco de pavo.

—Si no me equivoco to he oido á V. que esa muger ha venido á menos por las circunstancias, y ahora salimos con que anduvo ya por las cocinas de los canōnigos en sus tiempos patriarcales.

—No me ha comprendido V. bien ó yo no me habré explicado. Como el canōnigo era tio suyo solia condimentarle sas platos predilectos, y se reducian sus guisos á perdices estofadas, á esquisitas lonjas de ternera, ó á alguna sustanciosa gallina en pepitoria.

—¡Famoso paladar el del canōnigo! Con esa recomendacion tenia bastante para ser mi íntimo amigo, porque el estómago folto de esos manjares macizos es una campana sin buzo, un buque en lastre ¿Y goza salud esa criada?

—No sabe lo que es una jaqueca.

—Eso bien; porque no quiero achaques á mi lado, ya que su Divina Majestad ha preservado hasta ahora mis piernas de gota y de asma mi pecho. Tome V. ese par de pesetas para echar las onca, ahí quedan las señas de mi casa, y mándeme V. esa muger de onatro á cinco.

No hay quien ignore lo que pasa cuando vá una criada á vistas. No la desagradó su fecha á Carmencita, esposa de D. Lesmes. Sentáronse todas las condiciones del contrato, y Sempronia la valenciana se quedó desde luego en la casa. Decir que durmió allí aquella noche fuera incōmpleto, pues tambien lo hizo mucha parte de la siguiente mañana. Ya eran las diez cuando se levantó D. Lesmes y guiado por los descomunales ronquidos de Sempronia llegó á su cuarto, y como la llamase despertó azorada: preguntando ¿es ya de día? Segun lo que entienda V. por noche. Esto lo dijo mi amigo abriendo de par en par la ventana con lo que se llenó de luz el aposento.

—Hace mas de tres horas quise levantarme, repuso Sempronia, y no me atreví por no meter ruido y desvelar á los señores; pero descuide V., soy hacendosa aunque me esté mal decirlo, y en un periquete haré chocolate, almuerzo, comida y cena. Y á este tiempo se echó fuera de la cama sin que en esto haya escándalo porque sabió de entré las sábanas hasta con delantal.

—¡Válgame Cristo! exclamó D. Lesmes. Con que se ha acostado V. vestida?

—Como uga no sabe si el cuarto es frio, y como me hace la humedad mucho daño....

—¿Esas tenemos? Pues el memorialista me ha dicho que era V. muy robusta.

Así es, pero no perjudica lo que abunda, y la ropa en invierno es tan apreciable como el agua en verano.

—Vaya, déjese V. de retóricas y vea si nos han dejado en la plaza algo que comer los criados que cumplen con sus obligaciones.

Entre unas y otras ya comian su puchero los albañiles de una obra que hay en frente de la casa de mi amigo, cuando salió Sempronia pidiéndoles fósforos, ó yesca para encender luobre.... Al servir el chocolate rompió dos jicaras. Varias veces sonó la campanilla de la puerta en el curso de la mañana, y como no hiciese caso Sempronia hubieron de deducir sus amos que era sorda ó no queria oír, circunstancia mil veces peor segun el adagio.

Comentaba la familia á su modo las faltas en que incurria á cada minuto la nueva sirvienta, y al fin se convino en que si guisaba bien se quedaria de cocinera, admitiendo no estar para los demas servicios, con exclusion de la costura y el planchado.

Todos aguardaban anhelantes la hora de comer y no tanto para satisfacer su curiosidad como su apetito; así es que no bien avisó Sempronia hallarse lista la mesa, ya se veia en torno á la familia, y á su golpe, dispuesto á servir la sopa, eucharon en mano. Apenas lo habia sumergido en la caldosa pasta le pareció tocar algun cuerpo extraño, y esforzándose en dar con él, obtuvo por último la apetecida pesca. ¡Oh asombro de los asombros! Frunciendo D. Lesmes las

cejas y sin atreverse á dar crédito á sus ojos, asíó con los dedos un asqueroso peine frito de algunas puas, á cuyo espectáculo mamá y los niños dieron inequívocas muestras de su disgusto, significando su repugnancia con un hinchado semblante y ágrío gesto. Aturdida Sempronia, protestó una y mill veces de su limpieza, imploró el testimonio del memorialista, y hasta llegó á insinuar no era cosa del otro mundo que se ocultara á la vista mas de linco un peine tras un fideo.

Al oír semejante desatino montó en cólera D. Lesmes, y á no mediar su esposa quizá se hubiera formalizado un lance. Viendo Sempronia que había quien por ella intercediese, juró no ser la autora de aquel atentado ofreciendo pruebas.

—¿Y qué pruebas destruirán lo que está á la vista? preguntaba D. Lesmes, desganitándose.

—Creáme V. señor, decía Sempronia compungida, ese peine nó es mio.

—¿La parece á V. por ventura que en mi casa hay escarpidores de esta calaña?

—¿Y cree V. de buena fé, repuso la dueña, que estoy yo en el caso de gastar peines? Y diciendo y haciendo se quitó con presteza el pañuelo que llevaba en la cabeza, para enseñar una espaciosa calva, interrumpida apenas en todo su cráneo por tres cabellos blancos.

Semejante ocurrencia produjo diversas sensaciones en los circunstantes: la mamá soltó una estrepitosa carcajada, la niña mayor dió un grito, la menorcita echó á correr; el muchacho quiso hacer alarde de su agudeza preguntando á Sempronia si al santiguarse comenzaba por el cogote, y D. Lesmes interrumpió este chiste amenazando á la atribulada Maritornes con un terrible escarminato.

Al día siguiente del suceso se le refirió D. Lesmes al memorialista: este se escusó manifestándole que el mejor escribir no echa un borrón en el mas importante documento, y que aquello habria sido una casualidad. Mi amigo llama las cosas por sus verdaderos nombres, y siempre que se habla de sirvientas se acuerda de Sempronia y repite con aplomo lo que dijo al despedirse del memorialista: *«Al primer topón surrupas.»*

F. R.

## EL CABALLO DE SIETE COLORES.

### II.

Pocos dias contaba el viajero en su nuevo ejercicio, y ya se distinguía por el esmero con que cultivaba las flores y formaba los encañados del jardin. Gustoso estaba el jardinero de haber adquirido un ayudante tan primoroso y servicial, y las princesas celebraban los preciosos ramos de flores que diariamente recibían de mano del pobre maneco, á quien llamaban el *tiñoso*, aludiendo al gorro encarnado que no abandonaba jamás.

Alfredo pudo contemplar repetidas veces la belleza de las tres hijas del monarca; la mayor de las cuales se llamaba Sara; Rosa, la segunda, y la tercera Margarita.

Las tres hermanas poseían una hermosura sorprendente, que no exageraba la fama; pero las tres se distinguían por sus caracteres distintos: activo el de Sara; glacial y apático el de Rosa; dulcísimo y apasionado el de la tierna Margarita. Alfredo comprendió al momento las singulares diferencias que estas tres caracteres presentaban; y sintiendo respeto por Sara y por Rosa suya indiferencia, se enamoró perdidamente de la graciosa Margarita; manifestándole su pasión, en el lenguaje de las flores, por medio de fragantes ramos.

Transcurrieron algunos meses, y el rey anunció un gran torneo, en el cual debían disputar los mas ilustres caballeros las manos de sus tres bellas hijas. Como era natural, acudieron varios príncipes y magnates; pero debemos retroceder un tanto, para que mejor se comprenda lo restante de nuestra historia.

Causado Alfredo de ejercer el oficio de jardinero, y avergonzado de presentarse á los ojos de las princesas en humilde traje y con el casquete encarnado

que le daba el repugnante aspecto de tiñoso; luego que acababa sus tareas, se encerraba cuidadosamente en un pabellon de madera, que le servía de alojamiento; se ponía el guero por el lado azul y transformándose en un caballero arrogante, hermoso y ricamente ataviado, reflexionaba, llano de orgullo, que tan apuesto personaje bien podia aspirar á la mano de la encantadora Margarita, de quien estaba perdidamente enamorado, y se entregaba á los mas quiméricos ensueños. La jóven princesa habia notado, las amorosas atenciones que la tributaba *El tiñoso*, y habia llegado á persuadirse de que bajo aquella capa gruesa se ocultaba un ser misterioso, dotado de alguna cualidad brillante. Excitando su curiosidad, comenzó á observar con atencion todas las acciones del jardinero; y como las ventanas de su cuarto caían frente al pabellon del tiñoso, vió primero destacarse la sombra de un hombre apuesto y arrogante, que ceñía espada y vestía con la mayor riqueza; despues, vió cruzar al apuesto jóven, y la riqueza de su traje le hizo creer que se las habla con un príncipe; y finalmente, vió pasear al príncipe entre las calles del jardin inmediato al pabellon; entrando en él, luego que acababa su paseo. Tan rara aparicion exaltó la imaginación de Margarita, y queriendo adquirir por sí misma nuevas noticias, relativas al misterioso personaje, se pasó unanochec en vela; vió al caballero pasear bajo sus ventanas; lo vió encerrarse en el pabellon, y por la madrugada, luego que se alejó *El tiñoso* para entregarse á sus tareas, corrió la princesa al pabellon; entró en él, lo examinó cuidadosamente; pero no encontró al apuesto príncipe ni nada que diera un leve indicio de su prodigiosa riqueza.

Llegó el primer dia del torneo. A las diez en punto se presentó el rey, en el gran balcon del real palacio, acompañado de sus tres hijas y de los mas nobles de su corte. A una señal del soberano, se presentaron en la liza dos gallardos mantenedores; llamado, el uno, el duque Alberto; y el otro el príncipe Cecilio. Montaban sendos caballos berberiscos; vestían templadas armaduras; embrazaban escudos cincelados, con cifras y mote galantes, y blandían poderosas lanzas. Estos dos ilustres caballeros se inclinaron ante el monarca; despues saludó el príncipe reudidamente á Sara, declarándole su dama y señora; el duque se inclinó ante Rosa, y ambos retaron fieramente á los caballeros que deseaban medir sus armas en aquel célebre torneo. A la fiera provocacion respondieron los mas animosos, y en breve se travó el combate; lidiando con tan buena fortuna los mantenedores, que cuantos osaron resistirlos cayeron, entre los ruidosos aplausos de la entusiasmada muchedumbre. Iban á declarar los jueces del campo vencedores cuando se presentó en la arena un aventurero, cubierto de brillantes armas, con la visera sobre el rostro, y que oprimía los lomos de un soberbio caballo blanco. Se adelantó resueltamente hácia el balcon del real palacio, se inclinó ante el rey, saludó á la princesa Margarita y dirigiéndose á los mantenedores los retó á singular combate. El duque Alberto fué el primero que se presentó en el palenque; pero con tan mala fortuna, que al primer rudo bote de la lanza de su misterioso competidor, medió la arma, con grave sentimiento de Rosa y de cuantos estaban prendados de sus anteriores proezas. A vengarlo, salió al momento el príncipe, su compañero; pero su igual en suerte y valor, como lo habia sido hasta entonces; cayó casi en la misma arena, que acababa de medir el duque. El aventurero retó de nuevo á los caballeros presentes, y como no hubiera ninguno dispuesto á disputarle el premio, lo declararon vencedor; entregándole una sortija de brillantes, de gran precio y forma de corona ducal. El aventurero se inclinó de nuevo ante el rey, saludó á la princesa Margarita, y se alejó sin desahucarse.

El rey, las princesas, las damas y los caballeros de la corte se preguntaban mutuamente quien habria sido aquel esforzado paladin; y aunque todos ardían en deseos de saberlo, ninguno conseguía adquirir ni la mas dudosa noticia. Sin embargo, una circunstancia rarísima vino á poner mas confusion en el espíritu de la princesa Margarita; y fué, que la mañana siguiente

al torneo, la presentó *El tiñoso* un ramo de pasionarias, cuyos tallos estaban sujetos á la sortija de brillantes, que habían entregado al vencedor. Quiso averiguar Margarita quien había conquistado el presente y *El tiñoso* se contentó con responder á sus preguntas: «*Quizás sí, quizás no, quizás sería yo.*»

Al tercero día del torneo se reunió de nuevo en la plaza la misma alegre muchedumbre, para manifestar destreza y gala, corriendo sortijas. El duque y el príncipe se presentaron, sobre poderosos corceles perlas, vestidos de oro y pedrería, y momentos después el aventurero, sobre el mismo caballo blanco, vestido con suma riqueza y cubierto el rostro con una negra mascarilla. El aventurero y el duque salieron á correr sortijas y con gran sorpresa de la corte, el primero se llevó tres sin ganar ninguna el segundo. Se presentó el príncipe, reputado por el más diestro corredor de sortija de aquella comarca; y con nueva sorpresa de todos sufrió la suerte que había experimentado el duque. El aventurero se inclinó ante el rey y la princesa Margarita, y se alejó á escape; causando tanta sensación su doble triunfo, que empezaron todos á mirarlo como un ser sobrenatural; y el rey se propuso detenerlo, si se presentaba al día siguiente á correr cañas. *El tiñoso* presentó á la princesa Margarita el ramo de costumbre, sujetos los tallos de las flores con las seis cintas, de las cuales pendían las seis sortijas, que había ganado el aventurero. Volvió á preguntarle la princesa quien era el diestro y gallardo paladín; y *El tiñoso* respondió, como lo había hecho días antes: «*Quizás sí, quizás no, quizás sería yo.*» Esta respuesta traía siempre á la memoria de Margarita las escenas que había presenciado en el pabellón del jardín; y sospechaba mas cada día que la existencia del *tiñoso* encerraba mas de un misterio.

Llegada la hora de correr cañas, se presentaron en el circo el duque Alberto y el príncipe Cecilio, al frente de dos cuadrillas, lujosamente ataviadas y compuestas de doce caballeros cada una. Los del príncipe vestían púrpura y oro, y montaban caballos negros; los del duque vestían azul y plata, y montaban caballos blancos. Un momento después de haber entrado las cuadrillas del príncipe y el duque se presentaron doce jóvenes vestidos de blanco, sobre caballos de siete colores, acudillados por un manco, que apenas frisaba en los diez y ocho años, y á quien todos reconocieron por el formidable paladín y diestro corredor de sortija de las dos fiestas anteriores. Muchas circunstancias se reunieron para que la aparición de esta cuadrilla llamara la atención de todos. En primer lugar, la rara piel de sus caballos; en segundo, la juventud, gala y belleza de los jinetes; y en tercero, la estrañeza que debía causar á todo el mundo no conocer á ninguno de los trece jóvenes que formaban la apuesta cuadrilla. Pasados algunos minutos, dió el rey la señal, y empezaron á evolucionar las cuadrillas, distinguiéndose la de los mancelos, por la rapidez de sus movimientos; por la destreza con que arrojaban sus bohardos y paraban los de sus contrarios; sin que uno solo los tocara. Convenidos todos los jueces de que la cuadrilla de los jóvenes se había distinguido entre todas, ciberon á su bizarro jefe una rica banda bordada, y el aventurero, después de haber saludado al rey y á la princesa Margarita, se disponía para alejarse, cuando lo detuvo un heraldo; preguntándole á nombre del rey, sus dictados y procedencia. El aventurero se detuvo, y dijo al heraldo que no le era posible responderle; pero que podía preguntar á su caballo, el cual no vacilaría en contestarle. El heraldo lanzó una estrepitosa carcajada y creyendo poner en grave apuro al caballo y al caballero, repitió al primero la pregunta que había hecho al segundo. El caballo relincho fuertemente, como si tratara de llamar así la atención, y dijo después con una voz que resonó en todo el ámbito de la plaza: *DI AL REY TU AYO, QUE ESTE PRÍNCIPE VIENE DE LUENGAS TIERRAS, Á SER EL HEREDERO DE SU REINO. EL HERALDO, EL REY Y CUANTOS SE HALLABAN PRESENTES SE ESTREMECIERON, OYENDO LA VOZ DEL CABALLO, Y EL JÓVEN Y SUS COMPAÑEROS SE ALEJARON CON LA RAPIDEZ DEL RELÁMPAGO. A LA MAÑANA DEL DÍA SIGUIENTE RECIBIÓ LA HERMOSA PRINCESA MARGA-*

*rita su ramo de flores sujeto con la banda que habían ceñido al caballero; y cuando repitió al tiñoso la pregunta, que le había hecho los días anteriores, la respondió, como de costumbre: «Quizás sí, quizás no, quizás sería yo.»*

Pasadas las fiestas y torneos, entregó el monarca tres magníficas rosas de oro, primorosamente esmaltadas, á sus tres hijas; dejándolas en libertad de entregarlas, cada una la suya, á los que eligieran por esposos. Rosa y Sara no vacilaron un momento en entregarlas al duque Alberto y príncipe Cecilio; pero la diestra Margarita se perdía entre mil dudas y temores. Ella amaba rendidamente al joven paladín, que la había declarado su dama en las fiestas; pero en dónde podría encontrarlo? *El tiñoso* y el brioso príncipe serian una misma persona? Razones había para creerlo. El misterioso personaje que durante las sombras de la noche, salía del pabellón del *tiñoso* y se paseaba bajo las ventanas de Margarita ¿no podría ser el jardinero transformado en príncipe por el mismo poder oculto que había dado habla al caballo del aventurero? Las sortijas, cintas y banda, presentadas por *El tiñoso* á la princesa, no decían mucho en favor de esta conjetura? ¿Y á todo esto no podía añadirse la eterna respuesta del jardinero: «*Quizás sí, quizás no, quizás sería yo?*» De conjetura en conjetura llegó á hacer otra la princesa, que le pareció la mas probable. Según ella, *El tiñoso* debía ser un criado del príncipe, que se había introducido en palacio para proteger sus amores. Esta suposición colmaba todos los deseos de Margarita, y se fijó en ella con placer. Transcurrieron algunos días; Sara y Rosa habían elegido sus esposos, y el monarca preguntó á Margarita si tenia hecha su eleccion. Vista la negativa de su hija le instó para que la apresurara, porque la triple boda debía realizarse en la noche del octavo día; Margarita ofreció cumplir el mandato, y se entregó de nuevo á sus inquietudes y dudas.

Transcurrieron los ocho días: toda la corte se ocupaba de los personajes que debían unirse á las princesas Sara y Rosa, pero nadie sabia una palabra de la eleccion de Margarita. Este misterio llamaba la atención de todos; pero no debían extrañarlo, porque el rey había prometido á sus hijas darlas por esposos á los que presentaran las rosas sin oposicion ni preguntas. Cuanto mas se acercaba el término, mas confusa estaba Margarita, y por último tomó el partido de entregar su rosa al *tiñoso*, esperando que la entregaria al príncipe, si efectivamente él no lo era. *El tiñoso* recibió la rosa con la mayor indiferencia, y se retiró sin pronunciar una palabra.

Llegó el momento de las bodas. Todos los grandes de la corte se reunieron en los salones de palacio: llegaron el príncipe y el duque, presentaron sus rosas que colocaron inmediatas á las princesas: solo faltaba el amante de Margarita para principiar la ceremonia. Transcurrieron algunos minutos; el rey preguntaba á su hija, con una mirada el motivo de aquella tardanza, y Margarita bajaba los ojos, no sabiendo que responder ni lo que podía sucederla. De improviso cundió un murmullo de estrañeza, que la presencia del soberano no bastaba á contener; este murmullo causaba *El tiñoso* que en su lascivo traje de jardinero se adelantaba resueltamente hácia el trono. Luego que llegó á él, dobló una rodilla ante el monarca y presentó la rosa, que le había entregado Margarita.

Grande fué el asombro del rey; grande fué el de la corte toda; grande tambien el de la princesa Margarita; que hubiera acabado por desmayarse si *El tiñoso* no hubiera murmurado algunas palabras á su oído, que la dieron valor para pedir comenzara la ceremonia. El rey tenia enpeñada su real palabra y no vaciló un solo instante. Las bodas se verificaron; pero en vez de pasar después Margarita á las suntuosas habitaciones que preparadas la tenían, fué á habitar, por mandato del rey, el rústico pabellón de madera, que ocupaba *El tiñoso* en lo más oculto del jardín.

JOAN DE ARIZA.

Solucion del Geroglífico. Gato escaldado del agua fría buye.